

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 10 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—REVISTA DE CÁDIZ, por D. Francisco Flores Arenas.—EL MAMBRUM, por D. Adolfo de Castro.—CUENTOS FANTÁSTICOS, escritos en alemán por Erckann Chatrian, *conclusion de Margarita*.—DORIA, por D. Bruno del Barco.—EL PRIMER AMOR, por D. J. Selgas.—GEROGLÍFICO.

REVISTA DE CÁDIZ.

Mr. Herrmann.—Distribucion de premios en la Academia de Bellas Artes.—Aguas.—Un libro nuevo.

El célebre brujo de ámbos hemisferios, el que ha tenido el honor de trabajar en los palacios de catorce ó quince emperadores, reyes y príncipes, el que cuenta en el catálogo de sus espectadores á los mas ilustres personajes del mundo, el que de escamotéo en escamotéo ha venido haciéndose célebre desde las heladas orillas del Báltico hasta las columnas de Hércules, Mr. Herrmann en fin, ha dado su primer espectáculo de prestidigitacion en el teatro Principal de Cádiz la noche del último miércoles.

Numerosa y brillante era la concurrencia: grande el deseo de juzgar acerca de lo que pudiera haber de exactitud en los prodigios que de su destreza se contaban. Este juicio pudo compendiarse en las siguientes brevísimas palabras: "No exageró la fama: Herrmann es sorprendente."

Cádiz no es público de esos que van dispuestos de antemano á encomiar ni á deprimir bajo la fé de otros públicos ni bajo la palabra de otros periódicos. Guiado por su propio criterio, solo aplaude cuando ha llegado á convencerse con toda evidencia de que lo que vé ó lo que oye, es digno en efecto de aplauso. Por eso Herrmann, acogido al principio solo con muestras de benévola galantería, fué ganando en favor en proporcion de los recursos que desplegaba, hasta concluir por ser aplaudido frenéticamente, siendo llamado á la escena hasta tres veces terminado que fué el espectáculo.

El repertorio de la prestidigitacion no es infinito: hay suerte que son como de fórmula, y en efec-

to conviene que lo sean, porque ellas ofrecen un dato para juzgar de la destreza respectiva de los que las ejecutan. Tal sucedió, por ejemplo, en el juego de los aros indios, que el Sr. Herrmann nos dió como por vía de adheala fuera del programa, y que á pesar de ser tan visto fué de los mas aplaudidos por la limpieza en la ejecucion. Otros fueron completamente nuevos, como el de *El banquero filantrópico*, en el cual lo que mas sorprende es que se ejecuta al parecer sin intervencion alguna del profesor, puesto que en él actúan dos personas del público, y en sus manos es donde se multiplican las monedas, antes por ellos contadas y recontadas.

La última escena, á saber, *El concierto monstruo*, es de lo mas admirable que puede concebirse. En él, Herrmann imita con pasmosa exactitud el canto del ruiseñor, del canario, de la alondra, de la cedorniz, del mirlo, la voz del pato, el zumbido del moscon, y el desapacible ruido que produce la sierra al dividir un trozo de madera. Como esto va todo acompañado de la accion, supónese que el palo cortado, al arrojarle al suelo, lastima á un perro, el cual corre dando ahullidos que se pierden poco á poco en lontananza. El gran prestidigitador es por tanto además un gran ventrilocuo.

Los periódicos de todos los paises nos han dicho que Mr. Herrmann no es solo un profesor distinguidísimo, sino que es además uno de los hombres mas filantrópicos que se conocen. Si sus manos, si su voz arrancan aplausos, la relacion de sus buenas obras arranca lágrimas. Esto honra altamente su carácter, y esto le ha merecido honoríficas distinciones, que debe llevar con orgullo porque proceden de muy noble origen.

De la série de sus tareas sucesivas en este teatro nos iremos ocupando en otro ú otros números. Esperamos que no nos faltará tela.

Punto y párrafo.

La Academia Provincial de Bellas Artes celebró el domingo junta pública para la distribucion anual de premios á los alumnos y alumnas de la escuela especial. El acto fué brillante, como acostumbra serlo, y la concurrencia en ámbos sexos numerosa y distinguida. Presidia el señor gobernador civil de la provincia, ocupando los puestos de honor que les corresponden el Illmo. Sr. Presidente de la corporacion D. Juan Valverde, el Excmo. Sr. Coman-

dante general, el Sr. Alcalde y una comision del Excmo. Ayuntamiento.

Dióse principio por la lectura de la bien escrita memoria que el Sr. secretario general D. Roque Yanguas redactó para reseña de las tareas de la Academia, siendo llamados en seguida los alumnos premiados para recibir de manos de la autoridad superior sus respectivos diplomas y medallas. A continuacion se leyó por el mismo secretario la memoria relativa á la exposicion pública de bellas artes celebrada en Agosto del presente año. El Sr. académico D. Adolfo de Castro recitó una bellísima poesía alusiva, siendo seguida por un breve discurso de elegantes formas en el que el Sr. Presidente de la Academia se mostró digno del alto puesto con que S. M. acaba de distinguirlo, terminándose el acto por otro discurso del Sr. Gobernador, notable por lo oportuno del pensamiento y por lo fácil y terso de la expresion.

Una banda de música tocaba durante los intermedios, y esto atraia á la gente á la hermosa plaza en que se halla situado el edificio.

Pasemos á otro punto, por cierto muy sustancial.

Despues de los nublados de Agosto y de tal cual exígua llovizna de los mismos dias, el cielo está tan azul y tan despejado que causa desesperacion el verlo. Los algibes casi en su totalidad se hallan agotados, y el agua, poca y mala, cuesta á un precio fabuloso. El Ayuntamiento ha hecho abrir sus algibes y reparte algunas cubetas á los pobres; ¿pero qué es eso? ¿Hay con ello para apagar la sed de un pueblo entero? ¿Y esos dos ó tres algibes no tienen fondo?

Digna de alabanza es esta medida; pero ya se comprende que no es, que no puede ser mas que un paliativo, que una cataplasma. Todo lo que no sea abordar la cuestion con todo el vigor, con todo el celo, con toda la energía que ha menester el mal; todo lo que no sea emprender algo para dotar á Cádiz permanentemente de buenas aguas, es andarse por las ramas, es no hacer nada.

Ya otras varias veces hemos hablado de este asunto, y siempre hemos conseguido lo que muy probablemente conseguiremos ahora; esto es, nada. Ya hemos dicho hasta la saciedad que los gaditanos, cuando ven secos sus algibes, cuando se ven precisados á pagar una peseta por un barril de pésima agua, entonces, y no antes, claman contra esta escasez, y entonces se prestarian á adoptar cualquier medio que remediase este mal periódico, y que en mas ó en menos grado todos los años sin escepcion los aqueja; pero toda esta alharaca, toda esta energía febril se desvanecen al primer aguacero, y al mirar delante de sí todo un invierno olvidan que ha de llegar el verano, y con él la escasez y los apuros de siempre. Aquí somos como aquellos que no se acuerdan de Santa Bárbara sino cuando truena.

Dijose tiempo ha que se habia presentado un proyecto por la sociedad del ferro-carril, y á todos consta que posteriormente el actual gobernador de la provincia, Sr. Mendez Vigo, con ese enérgico

celo que lo distingue, habia sometido luminosas ideas sobre tan vital asunto á la corporacion municipal. Ignoramos si alguien conoce el resultado que uno y otro proyecto han obtenido. Nosotros no sabemos de ello una palabra, y por la visto ni el público tampoco. ¿Será porque no le importa?

Aunque sea á riesgo de clamar en desierto, levantamos de nuevo la voz, y lo haremos otras cien veces, para que no nos durmamos sobre los futuros aguaceros, como otros se duermen sobre sus laureles. Mientras Cádiz no tenga aguas no será lo que debe ser y lo que sus buenos hijos deseamos que sea. Ante esta reflexion, que es de vida ó muerte para el porvenir de nuestra ciudad, no hay que permanecer con los brazos cruzados. Súmese lo que hoy cuesta el agua que se bebe, y agréguese á lo que costará todos los años sucesivos, y véase si se pierde ó se gana al emprender obras, que por costosas que aparezcan, en último resultado darán ahorros.

Apresurémonos antes que llueva.

Capítulo de otra cosa.

Acaba de publicarse en Cádiz un notabilísimo libro titulado: "Estudios sobre la evocacion de los espíritus, las revelaciones del otro mundo, las mesas giratorias, los trípodes y los palanganeros, en sus relaciones con las ciencias de observacion, la filosofía, la religion y el progreso social." Débese á la brillante pluma del jóven y distinguido catedrático de esta escuela industrial D. Vicente Rubio y Diaz, cuyo claro talento, especialidad de estudios é instruccion vasta y escogida le hacian sin duda propísimo para acometer la noble empresa de combatir tantos delirios, tantas impiedades como han surgido de tan absurdo y pernicioso sistema.

El asunto merece ocuparse de él con mayor detencion, y así esperamos hacerlo en uno ó mas artículos *ad hoc*. Entretanto acepte nuestro especial amigo el Sr. Rubio nuestro sincero parabien por la brillante manera con que ha llevado á término su obra.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL MAMBRUM.

Tal es el nombre de una cancion tan popular que es de todos conocida, y cancion que se puede decir que aprendemos en la infancia, pues sirve por lo comun, para hacernos dormir en la cuna.

No ha muchos dias, una persona muy erudita me preguntó si sabia yo el origen de esta cancion y los personajes de que se hablaba en ella.

Desde luego le dí la siguiente respuesta, que no dudo será leida con algun interés, por tratarse de un escrito tan conocido.

La cancion llamada *del Mambrum* tal como hoy se recuerda, es así:

Mambrum se fué á la guerra,
no sé cuando vendrá,

si vendrá por la pascua
ó por la Trinidad.

La Trinidad se pasa,
Mambrum no viene ya;
Madama que lo espera
desesperada está.

Un dia á cierta torre
subióse á registrar,
y al cabo de un buen rato
su paje vió llegar.

— "Mi paje, mi buen paje,
qué noticias me dás?

— La noticia que os traigo
el llanto os vá á costar.
Mambrum, Señora, es muerto,
yo lo he visto enterrar,
entre cuatro oficiales
con pompa y magestad:
uno llevaba el sable
y el otro el estandart,
y encima de su tumba
romero ví plantar,
y en la mas alta rama
el rui señor cantar.

Esto es lo que recuerdo, á mas de otros versos
que no he podido retener en la memoria.

Pero tal como hoy se canta difiere de la can-
cion original que en medio pliego de papel y en
forma apaisada se imprimió con licencia en Sevi-
lla, en la oficina de Don Antonio Carrera en la ca-
lle de Génova.

No se titula la cancion *Mambrum*, sino *Mal-
bruc*, y es de este modo.

Malbruc se fué á la guerra,
no sé cuando vendrá,
si vendrá por la pascua
ó por la Trinidad.

La Trinidad se pasa,
Malbruc no viene acá;
si muriese en la guerra
muchos lo sentirán.

La dama que le espera
muy impaciente está:
á la torre se sube
por si le vé llegar.

Desde allí vé á su paje
venir de luto ya,
y ella toda asustada
comienza á vocear.

— ¡Ay paje, mi buen paje!
¿qué novedad traerás?

— La novedad que os traigo
os ha de hacer llorar.

Las galas y las joyas
bien las podeis guardar;
porque Malbruc ha muerto
y ya enterrado está.

Hasta la sepultura
con pompa y magestad
entre cuatro oficiales
le he visto yo llevar.

Con broquel y armadura
los dos delante van,
el otro lleva el sable
y el cuarto vá detrás.

Al rededor del cuerpo
de luces vá un millar,
y encima de la tumba
puesto el romero vá.

Un rui señor en lo alto
trinos al aire dá,
diciendo en su armonía
que ya descansa en paz.

Hechas las ceremonias
se fueron á cenar,
comieron y bebieron
y algunos por demás.

Quedó pues enterrado
nuestro buen oficial.

— Baste lo que vá dicho,
y acábese el cantar.

ESTRIBILLO.

Mirondon ton ton mirondera.

La impresion de este romance cantable tiene una
gran viñeta, toscamente hecha. En ella se vé la
torre con la dama que espera á Malbruc, al page
que trae la noticia, á Malbruc que llevan á enterrar,
á los cuatro oficiales, el romero, al rui señor con un
lema que dice: *ya descansa en paz* y la sepultura.

Ahora bien; ¿quién era este personage que tal
popularidad ha alcanzado?

Para mí es evidente que en la cancion se ha que-
rido hablar del célebre Juan Churchill, duque de
Marlborough, uno de los mas grandes generales
que ha producido la Inglaterra. Nació en Ash el
año de 1650 (en el Devoushire). Comenzó su
carrera militar sirviendo en un cuerpo de ejército
inglés, enviado por Carlos II á Luis XIV, para
operar en Flandes bajo las órdenes de Condé y de
Turenne. Llamábasele en el ejército el *bello* in-
glés. Turenne lo apreciaba mucho y conocia que
el bello inglés llegaría á ser un grande hombre.

En la guerra de sucesion con España el año de
1702 fué nombrado por la reina Ana generalísimo
de las tropa de Inglaterra y Holanda, obligó á los
franceses á evacuar la Gueldre española, y á su
vuelta á Inglaterra fué creado duque de Marlbo-
rough. Batió en 1704 al elector de Baviera, al
cual quemó mas de 300 poblaciones, y despues
con el príncipe Eugenio de Saboya obtuvo la vic-
toria de Hochstedt.

La Inglaterra erigió á la gloria del general un
palacio inmenso, que tomó el nombre de Blenheim
porque la batalla de Hochstedt, fué conocida por
este nombre en Alemania y en Inglaterra. La
dignidad de príncipe del imperio, que el empera-
dor le otorgó, fué una nueva recompensa por la
victoria.

Marlborough, habiendo desaprobado la paz con-
cluida con Francia, perdió todos sus empleos y

cayó en desgracia, retirándose á Anvers. Culpábanle de haber conspirado contra la reina Ana, después de ser quien mas lo habia favorecido.

Al advenimiento del rey Jorge á la corona en 1714, fué Marlborough llamado á la córte, y restablecido en todos sus cargos. Algunos años antes de su muerte se apartó de los negocios públicos, y se retiró á Windsorlodge donde murió en 1722 á la edad de 73 años. Parecia en su retiro haber vuelto á la infancia, pues se le veia jugar al tejo con sus pajecillos.

Guillermo III lo habia definido en estas palabras: „Es un hombre de cabeza fria y corazon caliente„ para dar á entender que tenia mas amor al interés que á la gloria.

Coxe ha publicado las *memorias* de Marlborough en tres volúmenes en 4.º el año de 1808.

La dama ó madama, á que se alude en el cantar debió ser su esposa Sarah Jennings, que nació en 1660 y le sobrevivió hasta el año de 1744. Gozó gran crédito cerca de la persona de la reina Ana; pero su carácter altanero, le hizo dimitir todos los cargos honoríficos que gozaba en la córte. Sobre un hecho de su vida compuso el célebre Scribe su comedia *El vaso de agua*. Al morir dejó una fortuna de tres millones de libras esterlinas, por lo cual gozaba el crédito de ser la señora mas rica de Europa, fortuna que justificó las acusaciones que se hacian contra la avaricia, la rapacidad y el peculado de su marido.

Los escritores españoles de su tiempo la llaman la viuda de *Malbroug*, así como *Malbroug* á su marido siempre que tienen que citar á su esposo. Por eso la cancion se titula *Malbruc*, adulterando mas el nombre.

El oríjen de esta cancion parece francés, y uná sátira contra Marlborough y su esposa, sin duda cuando ámbos se hallaban en el auge de su poder.

Con la introduccion de tropas francesas en España, debió venir esta cancion, que se pondria en moda traduciéndose por alguno.

Así es como un personaje extraño para los españoles, que tal vez jamás pisaria nuestro suelo, que triunfó en Flandes de las armas españolas y francesas, ha venido á hacerse popular en nuestra patria.

La gente del pueblo no canta romance alguno del Cid ó de Gonzalo de Córdoba, y sin embargo sabe de memoria el que habla de Marlborough y de su esposa, personajes que debieron ser tan antipáticos á los españoles á principios del siglo último.

Esta es una de las muchas singularidades que presenta la historia de la humanidad. Se aprendió por nuestros tarabuelos esa cancion: sabian lo que cantaban, y hoy se canta por todos sin saber lo que se canta.

ADOLFO DE CASTRO.

CUENTOS FANTASTICOS

ESCRITOS EN ALEMAN

POR ECKANN CHATRIAN.

(CONCLUSION DE MARGARITA.)

Y se puso su basquiña corta y corrió á abrir la ventana.

Antonio la habia oido levantarse.... y temblaba. Habria querido huir.... pero en el momento en que la ventana se abrió, desapareció toda su timidez; se inclinó hácia ella, y á pesar de un grito apagado que dió la jóven, cogiendo su mano, la dijo:

—Oh! Margarita, Margarita.... te amo!

Apenas hubo pronunciado estas palabras, le flaquearon las piernas, Margarita conmovida como una tórtola sorprendida en su nido, con las mejillas ardientes, decia balbuceando:

—Antonio.... querido Antonio!....

No pudo decir mas, pues la ventana de Reebstock se abrió de repente y resonó en las tinieblas un juramento terrible, un verdadero juramento alemán, seguido de estas palabras:

—Qué es lo que veo?

Todos se consternaron. Antonio y Margarita cayeron en los brazos uno de otro, y luego se separaron espantados de lo que acababan de hacer.

Noss con los brazos levantados en el aire huia á toda prisa imitando los gritos del pato perseguido por un perro entre las cañas. Su voz gangosa resonaba á lo lejos. Habia de qué reir; pero Reebstock no se reia. Por esto el pintor, calándose el sombrero saltó la empalizada y echó á correr por las huertas, en tanto que Margarita cerraba temblando la ventana.

—Ah! tunante, gritaba Reebstock con el puño cerrado, ya me la pagarás.

Y el perro del vecino, despertado con aquel ruido, ladraba sacudiendo su cadena.

Antonio siguió corriendo hasta el amanecer, y repetia como en un sueño:

—Margarita, Margarita, te amo!

Y luego añadia:

—Antonio.... querido Antonio!....

Y se creia el mas feliz de todos los mortales.

A eso de las cinco entró en su casa, y cuando se acostó en su cama estrecha, pensaba que el viejo Reebstock podia haberle reconocido y que le cerraria la puerta de su casa, y este pensamiento le puso muy triste.

Al otro dia su tristeza era mas grande todavía.

—No hay nadie tan desgraciado como yo, se decia; el viejo Reebstock querrá vengarse.... Quizá no veré mas á Margarita.... si pudiera verla otra vez... pero no me atreveré á pasar por su calle....

Y reflexionando en estas cosas tristes, bajó la escalera y echó á andar al acaso, mirando de lejos la cervecería, la veleta y el rótulo.

Nada parecia cambiado.... todo parecia estar como de costumbre.

El pastor bajaba la aldea tocando la zampoña y seguido de una fila de cabras y de puercos... Las muchachas iban á la fuente con el cántaro bajo el brazo, y Kasper-Noss tendido sobre el banco de la casa comun dormia tranquilamente de espaldas al sol.

A fuerza de mirar Antonio se habia acercado llevando debajo del brazo su cartera, y pasaba por delante de la cervecería sin atreverse á volver la cabeza, cuando se oyeron repetidos golpes en los cristales, que le hicieron detenerse.

—¿Me llaman á mí? exclamó espantado.

Las ventanas de la sala estaban abiertas, y ya habia en las mesas muchos bebedores: el burgo-maestre Weinland con su gruesa fisonomía muy colorada, su ancho fieltro plantado sobre la nuca, y su alto baston de cepa de viña entre las piernas; el sastre Ziusmer con su camisola gris, la nariz manchada de tabaco, el gorro verde caido á la derecha; el barberillo Spitz con su vacía de estaño sobre la mesa al lado de la botella, el rostro risueño, el pelo acomodado en pirámide, segun la antigua moda francesa, y otros varios.

La vieja Berbel arreglaba pucheros de leche cuajada detrás del hornillo, y anchos rayos de sol, chispeantes de átomos, se extendian á lo largo de las mesas y bajo los banquillos.

Antonio entró muy desasosegado.

Reebstock vestido con su casacon de botones de acero, estaba sentado junto á la caja del reló, enfrente de la puerta.

Margarita cerca de la ventana cerraba los ojos.

Todo el mundo hablaba... Nadie parecia pensar en nada; pero en el instante en que el pintor apareció en el umbral, Reebstock alzó los brazos hácia él exclamando:

—Antonio; ¿jamais á mi hija Margarita?

El jóven se puso pálido; abrió la boca para responder y no pudo proferir una palabra.

Reebstock con acento franco repitió:

—¿Amais á mi hija Margarita?

Todos se habian quedado atónitos. Cada cual con el vaso en la mano permanecia en la actitud que tenia antes mirando alternativamente á Antonio, á Margarita y á su padre.

Por fin el pintor, con una voz sofocada por los latidos de su corazon, contestó diciendo:

¡—Dios mio! ¡sí la amo!

Y echó á Margarita una mirada tan suplicante, que la jóven corrió á él, y arrojándose en sus brazos se deshizo en lágrimas.

Entonces el viejo cervecero soltó una carcajada exclamando:

—¡Ja, ja, ja!... Ya sabia yo que se querian; nadie me engaña á mí.

Y todos los presentes viéndole reir de aquel modo, le imitaron y dijeron:

—El viejo Reebstock es muy astuto.... lo sabia todo!...

—Pues entonces, repuso el cervecero, ya que la quieres tanto... llévatela... ¡qué diantre!... llévatela y cástate con ella... pero quédate conmigo... en mi casa.

Y luego añadió en tono mas solemne y sentándose:

—Está corriente.... os casareis dentro de quince dias.

A lo cual todos los presentes replicaron:

—Dentro de quince dias tendremos boda.

Y así fué.

Ahora bien, Reebstock tuvo nietos y nietas que meció largo tiempo en sus rodillas.

Mas tarde, cuando ya estaba muy achacoso por causa de la edad, dijo á su yerno y á su hija.

—Hijos míos, debeis saber una cosa; si todos somos felices debemos dar gracias á Dios. Yo oí el canto del gallo antes de amanecer, y cuando miraba al cielo que estaba oscuro, vi á Margarita abrir su ventana. Entonces tuve ideas de enfadarme... pero la Providencia me guió: "Cásalos pronto, me dijo, no sea que se casen ellos solos."

Antonio y Margarita admiraron la sabia prevision del anciano, y dieron gracias al Señor que gobierna todas las cosas de este mundo del modo mejor y mas conveniente.

DORIA.

El delito y el castigo.

I.

Con su permiso ó sin él, fuerza será que conmigo venga el lector á una de las mas hermosas ciudades de Italia.

Esta merced le será recompensada al curioso impertinente ó pertinente que para el caso es igual, porque en cambio le llevaré de paseo á Aquasola, donde podrá distraer sus ocios, riéndose de los *dandy's*, galanteando hermosas mujeres y aspirando el aroma de los mirtos y de las acacias.

Además, no se contentará con esto mi cortesanía; si no que le llevaré al café de la Concordia, donde por su dinero podrá descansar y refrescarse con quesito helado y sorbetes.

Para que no ande el lector como niño perdido, y sepa donde vá á hospedarse, tenga entendido que este café es una de las mas elegantes tertulias á que asistir pudiera. Aparte de la regia suntuosidad que por do quiera reina: oro, mármol, y esculturas, se ven en ordenada profusion distribuidas, formando singular contraste en el jardin rústico granados, naranjos y limoneros, á cuya sombra entona dulcísimas armonías una orquesta *italiana*, con lo cual está dicho todo.

Es ya media noche, cuando de este café salimos. Yo como guia marché delante, y detrás mis lectores, á respetuosa distancia.

En la primer calle de árboles tropiezo con un mendigo que me corta el paso: veinte y seis años á lo mas tendria esta figura mal encarada, con bigotes á la borgoñona y cubierto de andrajos.

—Por S. Andrés, mi amo, exclamó el mendigo,

¿quiere su excelencia darme una limosna?

Le puse en la mano algunos bayoccos y al punto me contestó.

—“Mi patron S. Andrés os proteja.”

Apenas me habia alejado algunos pasos le oí repetir una, dos y tres veces la misma súplica dirigida á cuantos por allí cruzaban, poniendo siempre por su intercesor á S. Andrés.

Esta escena se estuvo representando varios dias sin que ocurriera cosa de particular; pero hé aquí que una tarde ofrece el mendigo su mercancía favorita, la proteccion de su patrono, en pago de una limosna, á Mr. Williard, comerciante establecido en la *Via novísima*. Este en vez de socorrerle envió al infierno á nuestro genovés, quien inmediatamente se propuso vengar tan grave injuria, llenándole por el pronto de epítetos injuriosos, dando fin á la letanía con la promesa de matarle, como á perro rabioso, si en la calle le encontraba á media noche.

Picado el inglés en lo vivo, sacudió un bofeton al italiano. Este le devolvió á buena cuenta cuatro, y de bofeton en bofeton; de puntera en puntera, armaron tal zambra, que la gente de los alrededores hubo de acudir llamada por la novedad del espectáculo.

Invocaba el mendigo á su patron, juraba el inglés como un jornalero de Lóndres. Se entabló, por fin, entre ellos una lucha tan terrible y curiosa al mismo tiempo, que duró algunos minutos. Nadie se atrevió á separar á los combatientes y los municipales seguian durmiendo en sus garitas de vigilancia, cuidándose muy poco de las reyertas de callejuela.

Por una extraña casualidad, el pié de Williard se enredó en una cadenilla y cayó al suelo sobre una tabla que sostenia el aparador de un traficante en loza. Tablas, cadenas y vasijas, rodaron por tierra, los campeones se detuvieron al estrépito y aprovechando tan propicia ocasion, se arrojaron sobre ellos los espectadores, poniendo paz entre dos ruines, como dice el adagio.

El inglés solo tenia algunos girones en el fraque. El genovés se habia quedado casi desnudo. El suelo estaba sembrado de sus harapos. Los amigos de Mr. Williard, le condujeron á casa y yo me quedé con el mendigo.

—El cielo condene á su señoría, gritaba con rabia, cerrando los puños y apretando los dientes. *¡Per Bacco, per Dio santo!* si os llego á cojer, en cualquiera parte os saco las tripas con el cuchillo.

Así exclamaba el pordiosero llamando en su auxilio uno por uno á todos los santos de la córte celestial, prometiéndoles rosarios y ayunos si le ayudaban en su venganza, pidiendo al Señor que ahogase con una apoplejía al inglés, y por epílogo de tan extraña plegaria añadió:

—Ilustre patron S. Andrés, colgaré mi puñal al lado de vuestra efigie, venderé vuestra imágen por las calles y si sus señorías no la quieren comprar de buen grado; les obligaré por fuerza á tomarla.

Con objeto de calmar su ira, entré en el café

con el cuitado genovés, pedí un helado y se le ofrecí. Sus ojos brillaron con fiera alegría, me tomó la mano para besarla, elogió mi nobleza y excelentes cualidades, recomendándome eficazmente á su patron S. Andrés. Cogió el vaso y apuró de un trago su contenido, diciéndome con los ojos preñados de lágrimas:

—Ah! señor caballero, qué es esto? Nunca bebió vuestro servidor cosa tan buena. ¡Que la Madonna os conceda hijos tan caritativos como vos!

Llevando mas léjos lo que él llamaba mi generosidad, al ver yo que sobre su cuerpo no tenia mas que harapos, me compadecí y le puse en la mano algunas monedas. El ejemplo fué tan fielmente seguido por los tertulios del café, que el mendigo se felicitaba de haber sido tratado tan villanamente por el inglés y saltaba de contento como un niño, declarando que en su vida habia tenido dia tan afortunado.

II.

Trascurrieron algunos meses cuando el mendigo se vino siguiéndome hasta la puerta de casa. La noche estaba serena, convidaba á respirar la brisa del mar, y mudando de repente de parecer, me encaminé hácia el muelle.

—Queréis pasear por la rada? me dijo el genovés agradecido.

—Es demasiado tarde.

—Si, pero el ambiente es tan suave que....

—Y góndola?

El mendigo se adelantó á mí, oia ruido de remos y dos minutos despues le encontré atracando la góndola mas hermosa que en el puerto habia, de pié en la proa con los remos levantados.

—De quién es esta góndola?

—Del Sr. Marini.

—Quién te ha dado derecho para ocuparla?

—Él mismo, un dia que le saqué del mar donde hube de arrojarle.

Salté á la barca sin dilacion, convencido por la profunda lógica del genovés. A las dos remaduras nos habiamos separado doscientos pasos de la ribera, entonces el bogador moderó sus ímpetus y, como todo italiano tiene siempre la lengua espedita, comenzó á referirme sus aventuras.

Se llamaba Marco Andrés Doria; su abuelo habia sido senador de la república de Génova y su bisabuelo el célebre Andrés Doria, poderoso aliado al principio y luego temible adversario de Francisco I de Francia.

—Pero qué ¿no hay, aun le pregunté, Dorias ricos y bien acomodados en Génova?

—Sí, contestó, y son parientes míos. El otro dia, el Sr. Andrés Doria que iba al teatro me dió para que le llevara hasta el salon de descanso un magnífico abrigo. Le advertí que era mi tio y me regaló diez libras. En la boda de una Doria enlazada con un extranjero, recibí seis libras por gritar á la puerta de la Iglesia “viva la desposada”, y arrojar algunas flores á sus piés.

Tanto abatimiento me admiraba; jamás creí que

el descendiente de un héroe pudiese tener tan mezquino corazón.

—Yo, continuó, era joven á la muerte de mi padre, capitán de carabineros del rey de Cerdeña, el cual fué también mendigo en Pisa, viéndose arruinado por la revolución. Me alisté en el mismo cuerpo, batí en Lázari una cuadrilla de bandidos, y por tal acción, me dieron esta cruz con mil libras que perdí en el juego.

—¿Por qué abandonasteis la carrera de las armas?

—Por qué?.... Mi separación del ejército es toda una historia. Paseábame un día al azar en el monte con la escopeta á la espalda aguardando que pasara un conejo, cuando de repente divisé un coche de viage fuera del camino con los caballos desbocados. Corro en su auxilio. La carretela pertenecía al general Graciani, que se dirigía á Cagliari con su hija ¡Qué mujer! diez y ocho años y dos ojos.... Yo tenía una fuerza de Hércules, merced á ella entré en camino recto el vehículo y los viajeros se despidieron de mí colmándome de bendiciones. El general prometió trabajar para que me ascendieran, y la hija me dejó tomar su mano y me hizo desear una dicha casi imposible. Quedé solo con el corazón oprimido y el alma desgarrada. Al instante recordé mi precaria situación; yo soldado, simple soldado; hija ella de un general; ¡ella rica y yo pobre....! Las lágrimas saltaron de mis ojos por primera vez en la vida. Sentí un vacío extraño. Maldije de mi pobreza y de la hora en que había salvado á los viajeros.... Lloraba y lloraba.... pero de pronto recobré la perdida esperanza, pensando que no sería deshonoroso para el general Graciani, unir su hija á un descendiente de los Dorias.

Deserté del ejército. A los cuatro días estaba en la isla de Cagliari. El primero ví á Libia en la ventana. Estaba triste y pensativa. Una inspiración secreta me reveló lo que pasaba en su corazón. Enloquecí de gozo. La isla me pareció encantadora, florestas, ríos, fuentes, todo me sonreía. La imagen de Libia se me aparecía en sueños riante y seductora: mi pecho palpitaba, me creí el más grande de los hombres.

Libia correspondía á mi amor.

Una noche, su ventana se abrió, saliendo mi amada, á respirar la brisa del mar. Sabía mi nombre y mi pasión; pero una flor de su tocado cayó al pie del balcón, bajo del cual estaba yo contemplándola.

Héla aquí, marchita ya: hace cinco años que la llevo conmigo. Gracias á Dios, el maldito inglés no me la arrebató en la pelea. Oh! semejante picardía no se la hubiéramos perdonado mi patrón S. Andrés y yo. Pero sigamos la historia.

Apenas cogí la rosa, llevándola á los labios, un pistoletazo me tendió al pie del muro junto á un naranjo. Este disparo me indicó que el general se oponía á nuestro amor y nos expropiaba.

Libia arrojó un grito de espanto y desapareció.

La risa sarcástica del general llegó á mis oídos. Nadie vino á socorrerme. La bala me había roto una pierna y sentía horribles dolores. Una pobre

viuda anciana me recogió, cuidándome con la mayor asiduidad, durante un mes. ¡Cuán largo se me hizo! y eso que le empleaba en preparar mi venganza.

Tenia sed de sangre, pero cuando reflexionaba que era padre de Libia, la rabia me oprimía la garganta. Este obstáculo invencible me impedía vengarme, convirtiéndome en el más desgraciado de los amantes.

Tan pronto como mi curación adelantó un poco, salí de casa y comencé por averiguar el paradero de Libia. Una carta suya me tranquilizó algún tanto, acerca del viejo general y de mi porvenir. La contesté, pero no tuve respuesta. Carecía de libertad para escribir: por todas partes la cercaba su vigilante padre.

Una noche, la más á propósito por su oscuridad para aventuras nocturnas, emprendí el camino de Catara, y disfrazado de peregrino, llegué á la colina cercana donde se levantaba la casa de campo del general. Mi corazón latía con violencia, mi mano acariciaba alternativamente el puño de un cuchillo catalán y la culata de una pistola de dos tiros. No llevaba intención de acometer á nadie. Iba armado, tan solo para defenderme, en el caso probable de ser nuevamente acometido.

Después de recibir la herida, un caballero joven á quien de nombre solo conocía, frecuentaba, según informes, la quinta del general Graciani, galanteando á su linda hija.

Para este rival, lo confieso, no sentía piedad en mi pecho. Estaba dispuesto si le encontraba á....

Le encontré. Esto causó la desgracia de Libia, del general, del noble y rico pretendiente y la mía.

Salté como un tigre las cercas del parque, me aseguré con una mirada de que ninguno me veía, que mi pistola estaba bien cargada y en el cinto mi puñal. Oí música á lo lejos. Una barcarola acompañada por el piano, me trasportó al cielo. Seguí escuchando con atención un momento. ¿Será Libia, me decía á mí mismo, quien hace sonar las cuerdas del piano? Su tono melancólico..... ella era sin duda.

—„Toca una pieza más alegre, dijo el general á quien reconocí por el metal de voz, canta el romance que ayer te trajo este caballero.“

Un frío glacial corrió por mis venas. Sentí luego que me hervía la sangre, pero me contuve y proseguí escuchando.

Libia tocó la pieza con un aire más melancólico aun, porque las cosas alegres entristecen más al alma que sufre, que las que por sí mismas son melancólicas.

El general suplicó al caballero que acompañase á su hija.

Brunivalo, que así se llamaba el pretendiente, cantó. Cada palabra suya me abría una herida en el corazón, haciéndome sufrir el más cruel de los suplicios.

Quise contenerme... pero los celos me ofuscaron. Abri la puerta con estrépito y me lancé en medio de la habitación.

Al llegar á este punto de su historia, el genovés enmudecía, quedó bastante pálido y con los ojos llenos de lágrimas, me dijo temblando:

—No me preguntéis más pormenores, los remordimientos me agobian. Me es imposible recordarlos. Básteos saber que Libia vive hoy en un convento, que el General y Brunivalo murieron, que yo he sido preso y juzgado, que, si ahora soy libre para andar por las calles de Génova, se lo debo á la influencia de mi familia, quien prefirió tener por pariente á un pordiosero antes que á un ahorcado.

Libia me perdonó; pero no podía casarse con el asesino de su padre y en la soledad se ha desposado con Dios.

Guardó silencio el mendigo y llegamos de vuelta al muelle. La noche serena arrojaba sobre nosotros brisas de poesía y de amor, y los tibios rayos de la luna nos herían el rostro.

—¿Por qué, le dije á Doria, eres mendigo, mas bien que pintor ó comerciante? Estas profesiones son mas honrosas y lucrativas.

—Es cierto. Mas habeis olvidado que un Doria no debe trabajar. ¿Querriais que deshonrase la estirpe de mi familia? Además... además...

—¿Qué?

—Soy pordiosero, porque fuí asesino. Mi patron San Andrés lo manda y yo, ¡voto á Bacco! yo soy el mas fiel devoto de el Santo.

Abordamos á tierra, dejé unas cuantas monedas á Doria, llegué á mi casa y antes de acostarme escribí la historieta que acaba de distraer tu atención, lector amado, demostrando que no hay crimen sin castigo.

BRUNO DEL BARCO.

EL PRIMER AMOR.

Suspirando dulcemente
llena de infantil candor
exclamó Inés de repente:
—Decid, madre, ¿qué es amor?

Quedó la madre pensando
una respuesta oportuna,
no se le ocurrió ninguna
y ella siguió preguntando.

—¿Es un placer ó un pesar
que nos sigue con empeño?
Da tristeza? quita el sueño?
por qué nos hace llorar?

La madre aquí la miró
con ansiedad manifiesta,
no halló ninguna respuesta
y la niña prosiguió.

— "Es un encanto ó una pena?
¿Es mas bien una locura?
decid, ¿cuánto tiempo dura?
por qué toda el alma llena?"

Con cariñoso dolor
besó la madre su frente
y dijo:—niña inocente,
ya sabes lo que es amor!

Ella quiso preguntar
de nuevo, mas con tristeza
dobló su hermosa cabeza
y rompió al fin en llorar.

La madre con infinita
ternura dijo á su oído:
—¡Quince años aun no ha cumplido
y ya el amor me la quita!

José SELGAS.

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

Las tragedias de los romanos inspiraban odio y compasion.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1860.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

